

El mono y las lentejas

Un hombre tenía que llevar un saco de lentejas a un pueblo vecino. Se lo cargó auestas y echó a andar. En el camino cruzaba un bosque y, como hacía mucho calor y la carga pesaba mucho, apenas llegó el hombre a la sombra de los árboles, decidió descansar un ratito. Dejó el saco de lentejas, se tumbó en la hierba, cerró los ojos... y pronto quedó dormido. En el bosque vivía un mono, tan curioso como todos los monos, y apenas vio el saco desde lo alto del árbol donde vivía, quiso ver de qué estaba tan lleno. Bajó en cuatro saltos y metió la mano, sacando un puñado de lentejas. ¡Lentejas! ¡Con lo que al mono le gustaban! Muy contento volvió a subir al árbol, buscó una rama buena y allí sentado cómodamente empezó a comerlas.



¡Estaban riquísimas! Entonces se le escurrió una, la más chiquitita de todas, que era justo como el punto de una i, y no queriendo perderla, bajó del árbol en seguida. Con las prisas se le enredó el rabo en una rama y, para no caerse, tuvo que sujetarse bien al tronco y, para sujetarse mejor, abrió las manos y entonces se le cayeron todas las lentejas que le quedaban. El hombre, al sentir la

llovía de lentejas en la cara, se despertó, ató bien el saco y, cargándose a la espalda, continuó su camino. Y el mono ambicioso, por no resignarse a perder una sola lenteja, las perdió todas.